

FM/473

MUSEO MUNICIPAL

---

SALA II

**MODELO DE MADRID**

1830



AYUNTAMIENTO DE MADRID

---

**DELEGACION DE EDUCACION**



Ayuntamiento de Madrid





2

MUSEO MUNICIPAL

SALA II

MODELO DE MADRID

1830



AYUNTAMIENTO DE MADRID  
DELEGACION DE EDUCACION

Ayuntamiento de Madrid





MUSEO MUNICIPAL

SALA II

MODELO DE MADRID

1830



AYUNTAMIENTO DE MADRID

DELEGACIÓN DE EDUCACIÓN

Depósito legal: M. 17.416 - 1977

Ayuntamiento de Madrid



Modelo \*.

Ejecutado en madera.

5,20 × 3,50 m.

Autor: Gil de Palacio, León (1778-1849).

Representa la Villa de Madrid.

Escala: media línea por vara \*\*, o sea, 1:864 \*\*\*.

En una cartela se lee: "*Se construyó este modelo / en 23 meses / bajo la direccion / del teniente coronel / del Real cuerpo de Artilleria / D. Leon Gil de Palacio / año de 1830.*"

Donativo (31.05.1929). Procede del antiguo Museo de Artillería, adonde pasó desde el Real Gabinete Topográfico.

---

\* En la documentación oficial: plano en relieve.

\*\* según Mesonero Romanos.

\*\*\* según Molina Campuzano.

## I

La vida del brigadier Gil de Palacio no nos es suficientemente conocida. Y es lástima, pues hubo de ser interesante y representativa. Lo que sabemos de ella, aparte de alguna noticia suelta, nos lo cuenta en un raro y magro folleto su hijastro, don Venancio Silbén Cordal, que siguiendo su ejemplo y sus consejos fue como él militar, y que solo se decidió a redactar esta memoria en 1892, cuando pasaba de los setenta años y sus recuerdos se perdían en la lejanía. A pesar de esta afortunada



iniciativa, los datos que hemos manejado son pocos, algunos confusos, unos necesitados de comprobación, otros de desarrollo. Resultarán especialmente lamentables ciertas lagunas y aventuradas determinadas suposiciones. Hacer otra cosa hubiera requerido un tiempo y unos medios de que no disponemos. Por ello, a falta de elaboración, nuestra biografía resultará en cierta medida un centón de ignorancias.

Nació en Barcelona el 7 de abril de 1778 y fue bautizado en la iglesia de la Virgen del Pino. Le impusieron los nombres de Dionisio, León y Manuel, de los cuales usaría de manera preferente, si no exclusiva, el de León.

Fueron sus padres don Ignacio Gil de Palacio y doña Antonia Tramarria. No parece haber utilizado sino el apellido paterno. En los escasos documentos que conozco que a él se refieren, se le llama simplemente León Gil de Palacio.

Ignoro si tuvo hermanos. Algo hace pensar que no fue único. Confieso también mi ignorancia sobre la situación y fortuna de su familia y sobre la profesión de su padre. Mucho sería decir que su posición era acomodada, pues no llego a persuadirme de que poseyeran bienes raíces de consideración. Hay que conjeturar tan solo que en sus arcas conservaban ejecutorias y pergaminos que permitieron a su hijo remontar las pruebas entonces necesarias para dedicarse a la carrera militar.

Los apellidos de los padres, como puede observarse, son castellanos. No sabemos por qué motivo residían en Barcelona, pero cabe suponer que su estancia en esta gran ciudad no fue esporádica ni breve. A fines de siglo, el futuro artillero no ha abandonado todavía el Principado. Si no por la sangre, por el nacimiento y la educación Gil de Palacio hubo de ser un cumplido catalán.

Realizó estudios con carácter particular, sin que sepamos exactamente en qué consistieron ni quiénes fueron sus maestros. Ingresó más tarde, como cadete, en la Real Academia Militar Facultativa de Barcelona. El 8 de agosto de 1799 era conside-



rado apto para el servicio. Parece ser que había hecho grandes progresos en Matemáticas y Delineación de planos, perfiles y elevación de obras.

Terminados los estudios fue nombrado cadete de la Compañía Fija de Rosas, y al cabo de tres años y diez meses obtuvo el nombramiento de alférez de Infantería.

Al poco tiempo daba Gil de Palacio un nuevo y aventurado paso en su carrera. Se trata de su ingreso como subalterno en el Real Cuerpo de Artillería. Lo hizo de forma insólita, y puede que nunca repetida, preparándose privadamente para el examen que realizó en la Academia de Segovia, acreditando en él amplios conocimientos de Ciencias Exactas. Lo anómalo de sus circunstancias redundó en su perjuicio, le hizo ocupar el último puesto de su promoción y fue siempre una rémora en su carrera.

Pudo ser también un obstáculo su edad. Tenía entonces veintisiete años. Podemos observar en sus estudios y primeras colocaciones un cierto retraso. ¿Se debió a enfermedad, a dificultades económicas, a indecisiones, a cualquier otra causa? Ignoramos los motivos, pero consignemos el hecho. Este primer período de su vida, de preparación y aprendizaje, había sido excesivamente largo, sobre todo en relación con lo que entonces se acostumbraba.

Entre 1805 y 1808 Gil de Palacio contrae matrimonio con doña María de los Remedios Quintana, de la cual tendrá tres hijas. No sé de dónde procedía, ni dónde pudo conocerla. Nada hemos averiguado tampoco de estos tres años, ni cuáles fueron sus empleos, ni cuál fue su residencia.

En 1808 cumplía treinta años. No parece que hasta entonces hubiera intervenido en hechos de guerra. El Destino le tenía reservada una sorpresa. Las páginas heroicas que había dejado en blanco su juventud se iban a cubrir en años maduros. La guerra de la Independencia iba a ser la ocasión.

Nos lo encontramos por primera vez combatiendo en Menjíbar o en Bailén o en las dos batallas, que, como es sabido, no



son más que una; años más tarde, condecorado con la mellada correspondiente, recordaría haber asistido a la memorable rendición del general Dupont.

Perdemos su pista durante dos años. En 1810 formaba parte del Ejército de Aragón, que mandaba el general Carbajal. Recibió entonces orden del mayor general don Francisco de Arce de salvar el Parque de Artillería trasladándolo de Teruel, donde se encontraba, a Valencia, lo cual realizó con éxito el 29 de octubre de aquel año, no obstante verse perseguido por la brigada polaca mandada por Copliski.

Consiguió así que el Parque no cayera en manos de los franceses, pero fue a costa de salir él herido y de que su mujer e hijos sufrieran persecución y hasta encarcelamiento por parte de los invasores.

En 1812 estaba, o seguía estando, en Valencia, y ahí sufrió las penalidades del cerco, bombardeo y conquista de la ciudad por el enemigo. Fue hecho prisionero. Se fugó a los dos días. Excusado es decir con cuanto peligro.

Un año más tarde, en 1813, había pasado a La Coruña. Era comandante de la artillería de uno de los fuertes que defendían la plaza de sus sitiadores. Cayó gravemente herido en el curso de las operaciones. Y con este hecho de armas hemos de cerrar tan importante capítulo de su vida, sin poder precisar cuáles serían las recompensas, condecoraciones y medallas que de seguro se le concedieron y que en adelante halagarían su orgullo de soldado y darían testimonio de su valentía y sus sufrimientos.

Muy lamentable resulta perder su pista hasta 1828. Son muchos años durante los cuales no sabemos nada de él. Cuando volvemos a encontrarle tiene ya cincuenta años, está viudo, y es teniente coronel del Ejército, y capitán indefinido de Artillería, es decir, está dado de baja en el servicio. Podría pensarse que su vida profesional estaba concluida. No era así. Lo más interesante empezaba entonces. Antes de pasar adelante adivinemos lo que había sido su vida anterior.



Descubriremos que Gil de Palacio era de ideas liberales. Es de suponer que entre 1814 y 1820 las disimulase, si no es que todavía titubeaba; de 1820 a 1823 sus ideas llegarían en tal caso a consolidarse, y lo que es peor pudo manifestarlas sin cortapisas; y así al soplar en 1823 nuevos vientos dominantes procedentes del cuadrante absolutista, don León Gil de Palacio sería perseguido y muy probablemente encarcelado. Habían pasado más de cuatro años y todavía seguía en situación de impurificado o indefinido, es decir, dado de baja temporalmente como no afecto al régimen imperante.

Pudo emigrar, como hicieron tantos otros. Ignoramos los motivos que le determinaron a no abandonar España. Tal vez lo hizo por principio. Era esa su manera de entender el patriotismo.

Pero tales desgracias dieron posiblemente ocasión a la singladura más afortunada de su vida. Fue entonces cuando realizó un modelo de la Torre de Hércules, de La Coruña. Debió de complacerle la experiencia porque emprendió a continuación otra de más empeño. Nada menos que un modelo de la Ciudad de Valladolid.

No podemos decir quién o qué le empujó a estos trabajos. Aunque sí parece ser obligado coadyuvante su forzosa cesantía. Sorpresa, por otra parte, nos produce que esta actividad no tenga antecedentes. Hemos de suponer que hubo antes, al menos, balbuceos. Pero, al parecer, solo entonces, con muchos años y trabajos auestas, llegó a plasmar sus conocimientos y habilidades en obras de entidad e importancia.

Con tal motivo nos lo volvemos a encontrar en Valladolid, en enero de 1828, recibiendo los plácemes de la Real Academia de la Purísima Concepción. Se juntan para esto, presididos por el capitán general don José O'Donnell, varios personajes locales, entre ellos el viceprotector, don Manuel Joaquín Tarancón, que habría de ser más adelante Cardenal de la Santa Iglesia Romana y Arzobispo hispalense, y don Mariano Miguel de Reynoso,



director de Matemáticas, que redactó un extenso, concienzudo y elogioso informe, que hizo suyo la Corporación.

Sus dos modelos fueron justamente muy apreciados en aquella ciudad. Prueba de ello es que el 30 de mayo de ese mismo 1828, era nombrado Gil de Palacio Académico Honorario de la citada de la Purísima Concepción de Valladolid.

Lo sorprendente es que la noticia se difundiese ampliamente, penetrase en la Corte, entrara en Palacio y llegase incluso a oídos del Soberano. Los que conozcan a fondo el reinado de Fernando VII, no se extrañarán de la reacción del Monarca. Son frecuentes en este personaje, cuyas malas cualidades son tan conocidas, rasgos que revelan un espíritu ilustrado.

El caso es que se convirtió en su más entusiasta y decidido protector. Iniciativa suya se considera, y todo nos hace pensar que así fuera, la construcción del admirable modelo de Madrid, la obra más perfecta de Gil de Palacio, comenzada aquel mismo año de 1828 y concluida veintitrés meses más tarde, en 1830.

¿Quién introduce en la Corte al afortunado modelista? ¿Quiénes son, aparte el Rey, sus más inmediatos protectores? No lo sabemos exactamente, pero entre ellos está el Infante Don Francisco de Paula Antonio. ¿Será ir demasiado lejos pensar en concomitancias masónicas? Dadas las circunstancias, la hipótesis no es descabellada. Fueron pocos los liberales de 1820 que no tuvieron algo que ver con las logias.

Lo más notable es que con intervención del Infante, del director de Artillería, don Carlos O'Donnell, y del ministro de la Guerra se pone en marcha la purificación o rehabilitación de Gil de Palacio y el Rey resuelve favorablemente en veintisiete días un expediente que llevaba cinco años, casi detenido.

No para ahí la cosa. El Rey le destina a sus órdenes inmediatas y concede a sus hijas los beneficios al Real Montepío Militar, a los que no tenían derecho por haberse casado su padre siendo subalterno.



La conclusión del modelo de Madrid coloca a Gil de Palacio en el pináculo de su gloria. Todos son felicitaciones y hasta encargos. La Real Academia de las tres Nobles Artes de San Fernando le nombra, el 22 de enero de 1832, Académico de Honor y Mérito por la Arquitectura, y el famoso comisario de Cruzada Varela y Liñán le encomienda la construcción de sendos monumentos para los templos de San Justo y la Carbonera, que realiza entre 1832 y 1833.

El embajador de Francia, tras ofrecerle un banquete, le propone marchar a su país y construir un modelo análogo de París. Gil de Palacio rehúsa. Tal vez por patriotismo tal y como él lo entendía. Quizá por motivos particulares. Mucho pesaría en sus decisiones la protección del Monarca, cada vez más patente.

En efecto, le había encomendado Don Fernando la construcción de modelos de todos los Sitios Reales y de todas las capitales de la Península e islas adyacentes, y queriendo institucionalizar el encargo creó, el 5 de mayo de 1832, el Real Gabinete de Modelos y le nombró su director con una asignación de 12.000 reales sobre la renta de Correos.

Hubo Gil de Palacio de buscar alojamiento al Gabinete y lo encontró en lo que había sido Salón de Reinos del Palacio del Buen Retiro, que habían maltratado los franceses durante la guerra, utilizándolo de cuartel y cocinas, y que amenazaba ruina. A Gil de Palacio, que emprendió con gran tino costosas obras, debemos la conservación de este edificio.

Aún tuvo tiempo por aquellos días don León Gil de Palacio para reordenar su vida en un aspecto más íntimo. Por Real Decreto de 20 de diciembre de 1831, comunicado el 27, se le autorizaba a contraer nuevas nupcias con doña María Rosa Cordal y García, viuda de Silbén. Se acercaba por entonces esta dama a la cuarentena y tenía un hijo, fruto de su primer matrimonio.

Esta época de prosperidad duró poco. Paradójicamente la muerte de Fernando VII, en septiembre de 1833, fue una gran



desgracia para el liberal Gil de Palacio. Supuso el triunfo de sus ideas y el colapso de sus trabajos. Había construido ya el modelo de El Escorial y estaba realizando los de Aranjuez y la Real Casa de Campo. Estos, al parecer, hubo de terminarlos precipitadamente y casi a sus expensas, quedando muy por debajo de la perfección debida y acostumbrada.

Con la desaparición de un monarca, en otros aspectos tan denostado, podemos dar por concluida la actividad de Gil de Palacio, gracias a la cual le recordamos. Y fue gran lástima, dada la indudable perfección de los modelos que hasta entonces había construido.

No parece haber realizado con posterioridad ningún otro, salvo uno del Real Palacio a la reducidísima escala de media línea por vara.

Mesonero nos habla de un modelo de Rosas, población para él muy grata, que no sé en qué momento pudiera haber ejecutado. Ossorio y Bernard de otro del famoso monasterio de la Orden Jerónima de Nuestra Señora del Prado, de Valladolid. Supongo que éste sería anterior a 1828 o de aquel mismo año, es decir, de la época en que Gil de Palacio residió, no sabemos por qué motivo, en esa ciudad.

No supuso, con todo, la proclamación de Isabel II la desaparición del Real Gabinete Topográfico y Artístico, ni la desgracia de su director, que siguió gozando de consideración en Palacio.

Así le vemos construyendo en 1834 una vista de Belén para el nacimiento de la Reina Gobernadora, realizando trabajos análogos otros dos años; construyendo en un salón de Palacio un paisaje y en otro un jardín, con los que se festejaba el regreso del duque de la Victoria, tras el Convenio de Vergara; y adornando fachadas, cosa entonces tan frecuente como apreciada, con motivo de cualquier acontecimiento. Parece ser que llamó la atención el adorno que improvisó en la del citado Salón de Reinos con motivo del regreso de la Reina Doña María Cristina.

Había ascendido en 1837 a coronel del Arma de Artillería,



y el 3 de septiembre de 1843 fue nombrado brigadier de los Reales Ejércitos.

Ignoro la fecha de su ingreso en la Real y Militar Orden de San Hermenegildo, a la que perteneció como Caballero Cruz y Placa.

Había sido nombrado además director del Museo del Arma de Artillería. Este establecimiento se hallaba instalado en el Palacio de Buenavista y fue trasladado, en 1841, siendo director Gil de Palacio, al Salón de Reinos, al paso que el Real Gabinete Topográfico y Artístico iba a ocupar el edificio cercano que se conocía con el nombre de Casón.

En estos años debió de disfrutar Gil de Palacio de tranquilidad y general respeto. Era estimado, sin duda, por sus conocimientos matemáticos y artísticos. Un curioso testimonio nos lo proporciona el hecho de haber sido individuo de la Academia Matritense de Numismática.

De su laboriosidad también tenemos indicios. Con gran esfuerzo hubo de organizar el Museo que dirigía, del que pudo, al fin, en 1849, publicar el primer catálogo.

Había cumplido los setenta años. Corría el último de su vida. Y, sin embargo, aún tenía que experimentar nuevas satisfacciones.

En ese mismo 1849, tal vez con motivo de la publicación a que antes aludimos, visitó el Rey Don Francisco de Asís el Museo y el Gabinete. Había adquirido Gil de Palacio la tienda de campaña que el Emperador Carlos V utilizó en su expedición a Túnez, y tuvo el acierto de ofrecer en ese marco un banquete al Rey Consorte. La reacción del invitado al conocer la penuria del Gabinete fue espléndida. Le asignó de su peculio una subvención de 12.000 reales, 6.000 como gratificación personal al director; los otros 6.000 para gastos propios del establecimiento. Y no contento con esto le nombraba a don León Gil de Palacio, con fecha 22 de abril de 1849, gentilhombre de Cámara, con ejercicio.



Es curioso observar que este denigrado príncipe, al igual que su tío, el no menos vituperado Don Fernando, había sido sensible a los méritos, mal recompensados, del ilustre brigadier. Y no deja de resultar curioso que en uno y otro caso fuera de corta duración el valimiento.

Vino a terminar con él el fallecimiento de don León Gil de Palacio, que ocurrió pocos meses después en Segovia, donde se encontraba accidentalmente, el 5 de septiembre de 1849. En el cementerio de esta ciudad recibió cristiana y sencilla sepultura.

Será interesante recoger, antes de concluir esta nota biográfica, dos noticias posteriores a su muerte.

Una, la supresión del Real Gabinete Topográfico, que él había fundado y dirigido hasta su muerte, y la dispersión de sus fondos, entre los que se encontraba, junto con otros, su magnífico modelo de Madrid. Al intendente de Palacio, don Martín de los Heros, se debió esta medida tan triste como posiblemente razonable. Ya hemos visto cómo fallecido Fernando VII, este centro languideció, carente de la debida asignación económica y del regio apoyo.

La otra se refiere a las repetidas e infructuosas solicitudes de su viuda, fallecida, ya octogenaria, el 5 de noviembre de 1875, al Real Patrimonio pidiendo una pensión a la que creía tener derecho para alivio de sus necesidades.

Fue achaque corriente de ese siglo, en el que abundan las personas de mérito que sufren estrecheces y aun penurias, que éstas, disimuladas en vida, salgan a la luz al día siguiente de su desaparición.

Resplandece en tales casos, casi siempre, la honradez y el desprendimiento del personaje. Ese hubo de ser el de Gil de Palacio. El pretexto en que se apoyaron para negar a la viuda la pensión solicitada fue que el causante había renunciado en vida, para no herir susceptibilidades, al sueldo que se le había asignado, ciñéndose a los emolumentos que le correspondían como individuo del Real Cuerpo de Artillería.



Su hijastro nos dice de él que fue bueno, desprendido, modesto y generoso, benéfico con su familia y amigos, escasamente correspondido, admirado en vida y olvidado después de muerto.

Hoy casi a dos siglos de su nacimiento nos complace exaltar su memoria.

## II

Madrid, en 1828, cuando Gil de Palacio recibió el encargo de reproducirlo en un modelo, era aún lo que Mesonero llamará "El Antiguo Madrid". No se habían producido todavía las profundas transformaciones que darían paso al nuevo, el que se refleja en la *Guía* de Fernández de los Ríos.

La época de las reformas se había iniciado, pero no había llegado a desfigurar su semblante. La política ilustrada del Rey Don Carlos III se plasmó en una serie de brillantes realizaciones constructivas; pero los ambiciosos proyectos que suponían la desaparición de viejos edificios, los que podríamos calificar tanto de renovadores como de destructivos, quedaron aplazados para mejor ocasión. En época de tanta actividad apenas hemos de lamentar más bajas que la demolición, irreparable sobre todo por la forma como se llevó a cabo, del viejo San Francisco, y la mucho menos sensible de la casa que los oratorianos de San Felipe Neri tenían en la plazuela del Angel. La expulsión de los jesuitas tuvo a este respecto efectos muy restringidos. Ninguna de sus casas fue derribada, tan solo cambiaron de destino.

Otra cosa fue el reinado de José Bonaparte. Admira que, a pesar de su irremediable interinidad y de los sobresaltos que jalonan su breve reinado, se emprendieran reformas de tanta consideración y se llevaran a cabo obras de tanta envergadura. Consistieron las más importantes en la demolición de varias manzanas de casas próximas a Palacio; derribos realizados con el propósito de convertir este paraje en una gran plaza, y que afectaron a los templos parroquiales de Santiago, reconstruido



más tarde, y San Juan, y a los conventos de San Gil y Santa Clara. No llegó a ver esta obra concluida el *Intruso*; ni siquiera en el largo reinado de Fernando VII se hizo gran cosa para lograrlo. Fue ya entrado el de Isabel II cuando tomó otro aspecto la desolada calva que Gil de Palacio hubo de reflejar en su modelo.

También le afectan otras reformas de menos entidad. José Bonaparte mandó derribar, junto con alguna construcción colindante, las iglesias de San Martín, no el monasterio; San Ildefonso, reconstruida más adelante, y San Miguel y los conventos de la Pasión, los Mostenses, Santa Catalina y Santa Ana, que darían lugar en casi todos los casos a sendas plazas, como puede apreciarse en el modelo.

El reinado de Fernando VII había supuesto una pausa. Ni siquiera se desplegó excesiva actividad para restaurar los destrozos que había ocasionado una guerra tan larga y devastadora como la francesa. Madrid, varias veces ocupado por unas y otras tropas, sufrió mucho en esos años, y algo revelan los pelados alrededores representados en el modelo. Obsérvese el desolado Campo del Moro. Menos aparentes, pero igualmente serios, fueron los desmanes cometidos en el Real Sitio del Buen Retiro.

Pocos años después de realizado el modelo los acontecimientos se iban a precipitar. Un paso decisivo fue la desamortización eclesiástica. De casas religiosas suprimidas se cuentan en Madrid unas cuarenta. Pocas fueron conservadas en su totalidad, algunas más, solo en parte, un buen número fueron demolidas.

Pero siendo importante esta medida y las diversas reformas realizadas en diversos parajes del interior, fue tal vez más erosiva una tarea diaria de corrección de alineaciones y rasantes, sustitución de edificaciones e implantación de servicios, que vino a hacer desaparecer un Madrid cargado de historia.

Volviendo a 1828 podemos tomar nota de algunos datos referentes a la Villa y Corte. La superficie edificada comprendía unas 1.200 hectáreas, con un perímetro hartó quebrado de



12,5 kilómetros o, como decía Mesonero, de 2 1/4 leguas de 20 al grado. Según el mismo cronista, más de 200.000 personas, madrileños por nacimiento o adopción, forasteros y transeúntes, ocupaban unas ocho mil casas, agrupadas en quinientas cuarenta manzanas, y circulaban por sus cuatrocientas noventa y dos calles y se solazaban en sus cuatro plazas y sus setenta y nueve plazuelas.

Madrid, como puede observarse en el modelo, estaba rodeado por una cerca de tapial. Pocas eran las edificaciones extramuros y éstas de carácter rural, casas de labor o de recreo. Entre las contadas excepciones señalemos el convento de San Bernardino y, representadas en el modelo, la Real Fábrica de Tapices, junto a la Puerta de Santa Bárbara y la Plaza de Toros, no lejos de la de Alcalá.

En esta cerca se abrían numerosas puertas. Por aquellas fechas, exactamente, diecisiete, unas de más, otras de menos entidad, unas puertas y otras portillos, como se decía entonces, sin que esta nomenclatura tuviera carácter oficial.

Tales puertas tenían efectividad. Las de menos importancia se abrían con el sol y se cerraban al anochecer. Las llamadas de registro permanecían abiertas hasta las diez de la noche en invierno y hasta las once en verano. Durante la noche un retén hacía posible su utilización si se terciaba. Puertas de registro fueron las de Segovia, la de Toledo, la de Atocha, la de Alcalá y la que se llamó de Santo Domingo y de Fuencarral, situada al final de la calle ancha de San Bernardo. Cuando se realizó el modelo, ésta había dejado de ser de registro y funcionaba en su lugar la vecina de los Pozos, que con este motivo empezó a llamarse de San Fernando.

El carácter de esta cerca era principalmente fiscal, pero también de forma subsidiaria servía para hacer más eficaces las medidas de vigilancia y seguridad.

Su trazado apenas había variado desde tiempos de Felipe IV; solo sufrió ligeras correcciones. Muchos son los autores que su-



ponen que la cerca impidió el crecimiento de Madrid y hacinó su población, si no en todo el recinto, sí al menos en algunos barrios. Pero otros motivos impedían a Madrid extenderse más allá de tales límites.

La mayor parte de los desplazamientos se realizaban a pie. Los coches eran un lujo, las sillas de manos no eran indicadas sino en distancias cortas, los transportes colectivos y populares pertenecían al futuro. Las dimensiones de Madrid, 3,5 kilómetros de Este a Oeste, cuatro kilómetros de Norte a Sur, eran, pues, más que respetables para una población predominantemente de peatones. Hemos de convenir en que la dificultad de recorrer habitualmente mayores distancias habría sido si no la única, la principal causa de que la cerca se mantuviera invariable tanto tiempo.

Tanto es así que en la fecha indicada se apreciaba claramente la muy distinta densidad de habitación entre el centro y la periferia. Un centro de la vida ciudadana notoriamente desplazado hacia Poniente y aún hacia el Suroeste, desplazamiento justificado por la situación estratégica de Palacio, que otros factores habían contribuido a acentuar. No solo el comercio, sino también las más nobles mansiones, ocupaban estos parajes privilegiados. En cambio, en algunos puntos del Sur, al Este y sobre todo al Norte, nos encontramos solares muy poco aprovechados e incluso terrenos sin edificar. Ninguno de tanta consideración como el situado al Noroeste y conocido con el nombre de Montaña del Príncipe Pío.

No era ciertamente amplio el espacio que ocupaban las vías públicas. Solo algunas muy señaladas calles tenían una anchura razonable. La mayor parte eran tan estrechas como tortuosas. Y algo parecido podríamos decir de las plazas, de las cuales solo la Mayor, regular, proporcionada y bella, era digna de este nombre. De las setenta y nueve plazuelas antes reseñadas, muchas de ellas no eran sino rinconadas e irregularidades a las que se les daba este nombre.



En cambio sorprende en algunos barrios la amplitud de huertas y jardines. Se distinguen sobre todo a este respecto algunas casas religiosas. No creo que haya ejemplo más expresivo que el de la manzana que ocupaban los conventos de Santa Bárbara y Santa Teresa, junto con el Colegio de las Salesas Reales.

Madrid estaba rodeado de Sitios Reales, restos de la tradicional frondosidad de la provincia. Sin necesidad de llegar hasta El Pardo, ofrecían solaz y amplios horizontes, la posesión de la Moncloa, a la orilla izquierda del río, y la Real Casa de Campo, a la que Fernando VII dedicó cierta atención, a la derecha, ambas fuera de la cerca.

Englobados por ella en el caserío se encontraban el Casino de la Reina, pequeña, pero muy cuidada finca, situada junto al portillo de Embajadores, reciente adquisición de la Corona, y el conocidísimo y por entonces muy arruinado Real Sitio del Buen Retiro, en una zona en la que podían contemplarse otros edificios notables; los conventos de San Jerónimo, de gran prestigio, y de Atocha, igualmente prestigioso y no menos devoto, cargados ambos de historia y aun de novelescas tradiciones; y las grandes construcciones de los últimos reinados; el Real Museo de Pintura y Escultura, destinado en principio para Gabinete de Historia Natural, uno de los edificios más nobles y perfectos de Madrid; el Jardín Botánico y el Observatorio Astronómico, de clásica elegancia.

Algo semejante podemos decir de los paseos a los que habrían ido a parar algunos de los dos millones de árboles que se dicen plantados en tiempo del Rey Don Carlos III. Casi todos se encontraban extramuros. Junto a la Puerta de Atocha se iniciaba el de las Delicias, entonces muy en boga y muy cuidado, que concluía en la cabecera del Canal del Manzanares, uno de los parajes más gratos y con más arbolado de los alrededores. Allí mismo y bordeando la cerca hasta la Puerta de Toledo, el que se llamaba de Ronda, recientemente prolongado hasta las





afueras de la Puerta de Segovia. Venía a continuación el de la Virgen del Puerto, al que daba nombre la ermita construida a su vera, en 1728, por el marqués de Vadillo, inolvidable corredor de Madrid. Más hacia el Norte, el paseo de la Florida, por aquellos días decadente, pero que había gozado en otro tiempo de gran favor y concurrencia. También al final de este paseo podía admirarse una ermita, no reproducida por Gil de Palacio: la de San Antonio, por tercera vez edificada en 1792 y genialmente decorada por Goya.

Más extraviada se encontraba la cuesta de los Harineros más que de los Areneros, que enlazaba con el camino de San Bernardino y con una serie de paseos poco concurridos que bordeaban Madrid por el Norte hasta la Puerta de Recoletos, enlazaban ésta con la de Alcalá y se prolongaban por el camino de Aragón.

Pero las preferencias de los madrileños eran otras. Madrid se inclinaba manifiestamente; se seguía inclinando hacia el paseo que llamaba del Prado, apellidándolo por trechos con el nombre de tres conventos cercanos: Atocha, San Jerónimo y Recoletos. Era uno de los pocos situados dentro del recinto urbano; solo observamos otros dos: el camino de Atocha, al Sureste, y la cuesta de San Vicente, al Noroeste. Había sido objeto de una importante reforma en tiempos de Carlos III. No afectó ésta al trozo de Recoletos ya relegado de antaño. El más beneficiado fue el comprendido entre la calle de Alcalá y la carrera de San Jerónimo, en el que se trazó el llamado Salón del Prado, adornado con varias fuentes y valiosas esculturas, que fueron, desde su instalación, uno de los más bellos ornatos de Madrid.

Madrid, como es sabido, tenía y no tenía río. Regaba, ciertamente, el Manzanares su término, pero sin penetrar en el recinto urbano que flanqueaba y servía de foso a Poniente, y en un quiebro de su curso bordeaba también por el Sur.

Como es sabido, su caudal era variable, casi siempre escaso, pero su cauce fue siempre ancho y sus riadas terribles. Por esto no fueron nunca muchos los puentes que lo salvaban. En 1828



se contaban hasta seis, solo dos representados en el modelo: el de San Fernando, aguas arriba; el llamado Puente Verde, modesta construcción de madera junto a la ermita de San Antonio de la Florida; el que daba paso a la Casa de Campo desde el pasadizo subterráneo, que, en el Campo del Moro, ideó José Bonaparte, recientemente construido; el de Segovia, el más antiguo de todos, obra de Juan de Herrera; otro de madera frente a la pradera y ermita de San Isidro, y el de Toledo, obra magnífica de Pedro de Ribera.

Se quejaron siempre los más insignes madrileñistas de que Madrid no tuviera edificios de entidad en la medida que le correspondía, achaque debido a ser capital moderna y en cierto modo improvisada. Las órdenes religiosas, la grandeza, banqueros y mercaderes irrumpieron sobre la Villa de Madrid con cierto apresuramiento, y la misma concurrencia hizo difícil su acomodo. De aquí que sus residencias e instalaciones quedaran siempre por bajo de sus posibilidades. Si algo de lo edificado merece nuestra atención no suele ser por sus dimensiones colosales, ni por la suntuosidad.

De hacer alguna excepción sería a favor del Real Palacio, pero aún en este caso es más la nobleza de los materiales, la pureza de la línea y el equilibrio de las formas lo que realza su estampa, que una grandiosidad, a decir verdad, no desmedida. Y eso que la mole principal se prolongaba por el Norte y Mediodía. Allí se le habían añadido unas extensas caballerizas, obra solidísima de Sabatini; en el lado opuesto se observaban unas construcciones antiguas y en cierto modo mezquinas que cerraban la plaza de Palacio, en las que se albergaban una serie de dependencias, entre las que se encontraba la Armería Real.

Menos importancia tenían los edificios del Buen Retiro, ya citado. De la superficie edificada no era mucha la ocupada por la parte noble, y en esa época, como ya hemos dicho, se encontraba en general arruinado.



Como edificios de planta muy extensa se podían citar en Madrid dos construidos en el siglo anterior, el Cuartel de Guardias de Corps, también llamado del Conde-Duque. Y el Hospital General, que más adelante pasó a ser Provincial, y sufrió modificaciones y reformas.

Enorme había sido también el solar del Palacio de los duques de Monteleón, convertido más tarde en cuartel y víctima cualificada de la gloriosa jornada del Dos de Mayo.

En cambio, nuevo y rutilante se alzaba, también sobre extenso solar, un edificio recién estrenado, San Gil, construido para convento y destinado al nacer para cuartel.

Si no eran considerables por su tamaño los edificios que Gil de Palacio había de reproducir, eran en cambio muchos en número y algunos de indudable mérito, aunque a este respecto corrían vientos contrarios al barroco que desautorizaban mucho de lo bueno que en Madrid podía admirarse.

Solo entre los establecimientos religiosos podríamos contar más del centenar, entre los cuales había algunos magníficamente aposentados. Las parroquias eran en general de pobre fábrica, pero algunas—Santa María, El Salvador, San Andrés—estaban cargadas de historia. Otras, como San Luis o San Sebastián, Santa Cruz incluso, habían desempeñado un papel de importancia en la vida madrileña. Los entendidos encontraban interesante San Justo y curiosa la iglesia de San Marcos, ayuda de parroquia de San Martín.

Algo habría que decir de cada uno de los conventos y mucho de los distinguidos: San Martín, la Merced, la Trinidad, Santo Tomás, la Victoria, el Carmen, Doña María de Aragón, el Colegio Imperial, convertido en Reales Estudios de San Isidro y de nuevo regentado por los jesuitas; el Noviciado de la Compañía, Montserrat y sobre todo San Felipe el Real, con su amplia lonja—el Mentidero—y sus lóbregas covachuelas. Esto en cuanto a los de varones.

Entre los de religiosas, el ilustre de Santo Domingo el Real,



las Descalzas, también Reales; la Encarnación, San Plácido, las Calatravas, las Salesas y tantos otros.

Descollaba entre todos una de las obras más recientes, el nuevo San Francisco, considerado como una maravilla, y también San Cayetano, a donde habían ido a parar los desahuciados "gilitos"—los descalzos de San Gil—, un templo de grandes dimensiones y no menos mérito en el que resplandecía lo mejor del barroco.

Entre los edificios destinados a la instrucción era digno de citarse el Seminario de Nobles, y entre los dedicados a la beneficencia el hoy Museo Municipal, entonces Hospicio de San Fernando, en la proximidad de los Pozos de la Nieve.

De los edificios civiles los más notables eran la Casa de los Ministerios, junto al Colegio de Doña María de Aragón, que construyó Sabatini para habitación de los primeros secretarios del Despacho, y fue después morada del Príncipe de la Paz; el Palacio de los Consejos, frente a Santa María, construido para sí por el primer duque de Uceda; la Real Aduana, en la calle de Alcalá, también de Sabatini; la Casa de Correos, en la Puerta del Sol, construida, asimismo, en tiempo del Rey Don Carlos III, pero esta vez a cuenta de un arquitecto francés, llamado Jacques Marquet; la Cárcel de Corte, uno de los edificios más notables de la Villa de la época dorada del Rey Don Felipe IV, obra del italiano Giovanni Battista Crescenci, y el Museo del Ejército, instalado en el Palacio llamado de Buenavista, construido para su residencia por la famosa decimotercera duquesa de Alba, que no llegó a habitarlo.

Dignos también de mención eran las Casas Consistoriales, la Real Academia de Bellas Artes, la Casa de los Cinco Gremios, los teatros del Príncipe y de la Cruz, la Casa de Postas y la que fue Saladero, junto a la Puerta de Santa Bárbara, obra de Ventura Rodríguez, y a la sazón presidio correccional.

Los edificios industriales eran pocos. Destruída la Fábrica de Porcelana del Retiro durante la guerra francesa, esta vez por



los ingleses, eran de notarse la de Tapices, la de Tabacos, en la calle de Embajadores, y sobre todo la Real Fábrica de Platería de Martínez, junto al Prado. Curioso por demás era el Pósito rodeado de tahonas en el apartado barrio que se llamaba de los hornos de Villanueva.

Los palacios de la nobleza eran abundantes, pero casi todos más dignos de contemplarse en su interior que en su exterior. En los últimos tiempos se había construido el de Alba, del cual acabamos de hablar, que por acaso fue desde el primer momento edificio público; el de Altamira, de Ventura Rodríguez, en la esquina de la calle ancha de San Bernardo con la de la Flor, que quedó inconcluso, y el de Liria, junto al portillo de San Bernardino, obra del mismo arquitecto, que vino a ser el más significativo de todos.

Muy notable por su solar era, junto al Prado, el de Medina-celi, que fue antes de la casa de Lerma y que englobaba nada menos que dos conventos.

Podríamos citar otros muchos, como el de Oñate, en la calle Mayor; el del Conde de Miranda, en su plazuela; el del Infanzado, en las Vistillas; el de Benavente, en la Puerta de la Vega; el del Almirante de Castilla, junto al Barquillo, y el del duque de Villahermosa, en la carrera de San Jerónimo, junto al Prado, obra del arquitecto don Antonio Aguado y recién estrenado.

Lo demás será una inmensa variedad de casas de vivienda: las habrá de todas las alturas, de una a seis plantas, y de todas las latitudes, de uno a la docena, y más de balcones y ventanas.

Es posible que Gil de Palacio en vísperas de iniciar sus trabajos contemplase desde alguna atalaya, ninguna mejor que la Torre de Santa Cruz, el Madrid que iba a trasladar a su modelo. Desde allí se divisarían las numerosas y variadas torres, tantos puntiagudos chapiteles, alguna que otra espadaña, las cúpulas de los más suntuosos templos, los claustros y huertas conventuales, los patios, corrales y jardines de las casas más espaciosas, un quebrado paisaje de tejados, buhardillas y chimeneas.



Todo eso y mucho más iba a representar con puntualidad admirable en su modelo. No iba a olvidar el más pequeño detalle. El Antiguo Madrid, cercana la hora de su relevo, iba a tener la suerte de encontrar un artista que lo perpetuase.

### III

Recibido el encargo de ejecutar el modelo de Madrid, Gil de Palacio hubo de realizar una serie de trabajos preparatorios antes de emprender su construcción, propiamente dicha.

Sería lo primero familiarizarse con la Villa. Aunque los conocimientos que tenemos de su vida son tan deficientes que permiten todas las hipótesis, no sabemos de ningún acontecimiento personal anterior a 1828 que ocurra en la capital ni, por tanto, fundamento para pensar en una estancia previa suficientemente larga.

Vendría después el repaso de los trabajos cartográficos y topográficos realizados hasta entonces referentes a Madrid. Pudo pasar revista a una serie abundante de planos, de los cuales solo alguno y parcialmente habría de satisfacerle.

Obligados a suponer lo ocurrido, admitamos que tuvo acceso a la admirable *Planimetría* realizada con motivo de la visita general para la regalía de aposento efectuado en 1750, en la cual están descritos y delineados a escala los planos de las quinientas cincuenta y seis manzanas que comprendía entonces Madrid, con expresión de las casas, solares y sitios de que cada una constaba.

Pudo serle ésta de indudable utilidad, así como el plano que, inspirado en la *Planimetría*, dio a luz en 1769 don Antonio Espinosa de los Monteros y Abadía. No haría tanto aprecio, de seguro, de otros que, aunque posteriores, le resultarían más imperfectos o menos adecuados para su propósito.

No sabemos tampoco si llegó a ver el plano topográfico que, en el año anterior de 1827, levantaron de la Corte y sus cercanías, hasta cuatro leguas de su contorno, los señores Desjardins



y Armoire, dos franceses que habían venido a nuestra patria con ese objeto, con motivo de la ocupación de ésta por el ejército de su nación, perpetrada en 1823, y prolongada en años posteriores.

Muy recientes estaban estos trabajos para no ser conocidos por Gil de Palacio, pero hemos de pensar que dada su reducida escala de 1:25.000 no pudieron serle de excesiva utilidad.

Tenemos noticia de que Gil de Palacio levantó por su cuenta un nuevo plano. Ya en aquel tiempo se lamentaba Fermín Caballero de haberle perdido la pista, y es pena, pues hubiera sido sumamente interesante tenerlo a mano. Hubiéramos comprobado así que en cualquier aspecto resultaba encomiable.

Lo sería por su exactitud extremada en los más pequeños detalles, sin que pueda restarle mérito la posibilidad de haber utilizado trabajos anteriores.

El plano fue efectuado, según nos dice el citado autor, a la misma escala que lo sería el modelo. Mesonero Romanos, en su *Manual de Madrid*, nos dice que era ésta de media línea por vara, escala que Caballero interpreta de 1:432. Molina Campuzano, en su estudio de los planos antiguos de Madrid, corrige este dato. Según este autor la citada escala sería de 1:864. Y en efecto, esa es la del modelo, según se ha comprobado recientemente midiendo una de las manzanas que menos transformaciones ha sufrido desde entonces: la formada por las calles de Atocha, Amor de Dios, Huertas y Desamparados.

No se fió Gil de Palacio, sino de la observación directa. Si tomó algún dato de trabajos anteriores, de seguro que hubo de comprobarlo, corrigiendo cuantos el paso del tiempo y los cambios sobrevenidos habían dejado anticuados e inservibles. Sería ésta otra de sus excelencias.

Pero la más digna de elogio era haber determinado con extremada exactitud las diferencias de nivel del suelo interior de la ciudad, operación hasta entonces descuidada en trabajos de esta clase.



Ya sobre estas mediciones había dicho la Academia de Valladolid, aludiendo al plano levantado por Gil de Palacio de esta ciudad, palabras muy sensatas y elogiosas que podemos aplicar al de Madrid, y que con ese objeto reproducimos:

“Esta operación, cuando se ha de hacer en un terreno abierto y despejado, no es, a la verdad, de costosa ejecución; pero practicada en el interior de un pueblo como [Madrid] Valladolid, tan irregular en sus comunicaciones, que obligan al geómetra a variar infinidad de posiciones, en este caso el cumplido desempeño de la operación le da cierto mérito que no tiene en el primero, y que sin duda merece, aunque solo sea por la atención que exige la prolija repetición de medidas y anotaciones.”

No consistió solo en la confección de este plano el trabajo preparatorio realizado por Gil de Palacio. La contemplación del modelo nos persuade de que hubo de realizar miles de anotaciones y más de un centenar de dibujos para ajustar a la realidad no solo la planta, sino los alzados e incluso cubiertas de los edificios. Si para el común del vecindario bastaban simples, aunque precisas anotaciones, para los edificios singulares, que son numerosos y otros muchos detalles que juzgó interesantes, hubo de realizar laboriosos diseños.

Estos fueron los que podemos llamar trabajos preliminares que nos harán pensar en una obra interminable. No es así. Tiene el modelo una placa bajo la cual se observa la madera sin tratar, lo cual muestra que esta placa fue colocada allí en el mismo momento de su conclusión. En ella se afirma que la realización del modelo, terminado en 1830, duró solo veintitrés meses, es decir, que se iniciaba lo más tarde en enero de 1829, probablemente a fines de 1828.

Para realizar esta obra tan colosal hubo de tener a sus órdenes don León Gil de Palacio un buen equipo de ayudantes, pero cuanto más numeroso y entendido lo supongamos, más obligados nos veremos a conceder a Gil de Palacio grandes cualidades como organizador del trabajo.



Se pueden distinguir diversas especialidades: topógrafos y carpinteros, para armar bloques y maestras, versados en trabajos de marquería y decoración para el detalle. Y aun distintos grupos. Unos cortarían los bloques, otros repasarían sus cubiertas, y así en otros casos análogos.

No solo la rapidez de la obra nos persuade de esto. Se observan en ella ciertas desigualdades que no afectan al conjunto, pero son a este respecto reveladoras. Los edificios más notables han sido tratados por manos sumamente expertas. Otras menos cuidadosas han tenido a su cargo los de menos entidad.

También podrían ser reveladores algunos signos, números, incluso nombres, que no hubieran de ser sino de tales ayudantes. ¡Quién sabe si se trata de ocasionales restauradores! En uno de los casos así nos consta.

Y no solo ayudantes hubo de tener Gil de Palacio, sino colaboradores muy diversos que le proporcionaren materiales y le realizaran algunos trabajos subsidiarios que realzan la exactitud y perfección de la obra.

Hubo de serle sin duda muy valiosa la experiencia adquirida, en la construcción de otros modelos, especialmente en el de Valladolid. Introdujera o no novedades, sus procedimientos resultan hoy sorprendentes e ingeniosos, y en muchos aspectos inmejorables.

Dadas las dimensiones del modelo proyectado, 5,20 metros por 3,50 metros, dividió éste en diez bloques, uno interior, en torno a Palacio, y los otros nueve extendidos hasta los bordes; de tamaño muy parecido, salvo el ya citado de Palacio, más pequeño, y el que comprende el Real Sitio del Buen Retiro y colindantes, mayor que los restantes. La divisoria entre estos bloques la constituyen las calles principales. Concretamente, el gran eje este-oeste que formaban las calles de la Almudena, Platerías, Mayor, Puerta del Sol, calle de Alcalá y camino de Aragón separa varios de estos trozos.



El ajuste de estas piezas es perfecto. No solo por el acierto de haber escogido las calles como línea de separación, sino porque éstas se han trazado en su totalidad en uno de los bloques y se acoplan perfectamente a las fachadas de las casas del bloque opuesto, disimulando maravillosamente la inevitable junta.

En cada bloque, una serie de piezas maestras alargadas y de diversos anchos reproducían el trazado de las calles, precisando en ellas las correspondientes cotas y dejando así, exactamente, determinadas alineaciones y rasantes.

Se ajustaban luego a este entramado los bloques representando las edificaciones. Estos ofrecen con toda claridad dos variantes.

Las edificaciones corrientes se atienen a la división en manzanas. Cada una de éstas en un sólido de madera de chopo preparado con plantillas, cortado utilizando la llamada sierra de vaivén, que permitía no solo recortar, sino también agujerear los macizos y reproducir así espacios interiores, como patios, corrales o jardines.

Es curioso observar que estos bloques carecen de aleros, dado el procedimiento empleado para tallarlos, así como de cualquier otro elemento saliente que afecte a sus fachadas.

Para conseguir los efectos necesarios se recurría en estos casos a la decoración simulando con gran arte paramentos, puertas, ventanas, con cuantos elementos pudieran caracterizarlos.

En cambio, la parte superior de los bloques era debidamente trabajada hasta conseguir representar las diferencias de alturas de las diversas casas, las pendientes de los tejados, los desagües, las buardillas y cuanto pudiera resultar visible, pasando después a decorarla.

Diferente era el procedimiento seguido con los edificios más notables, trabajados de forma individualizada.

Entre todos ellos destaca, como es lógico, el Palacio Real, cuya reproducción es una verdadera obra de arte. Se puede observar la nobleza de las columnas sin decoración alguna, luciendo



al natural su materia —madera de aliso— y el guarnecido sobrepuesto de las ventanas con todo lujo de detalles; montantes, dinteles, vierteaguas.

En aquellos edificios, que por sus características, merecieron un trato de favor se realizó un trabajo primoroso, pues si bien la pieza se preparó de un modo análogo, se fueron luego sobreponiendo cuantos detalles eran necesarios para completar su estampa. Muchas de éstas y otras perfecciones del modelo son imperceptibles a simple vista.

Los materiales empleados son muy variados. Como ya hemos dado a entender el principal es la madera. Se emplearon diversas especies: pino, chopo, abedul, aliso, cedro, todas ellas blandas y dóciles.

De madera era el armazón, los principales volúmenes y algunos elementos decorativos. También es de madera tallada alguna diminuta fuente y alguna no menos reducida estatua.

La decoración se ha efectuado sobre papel. En ocasiones son varios los que aparecen pegados a las piezas. Así, en las fachadas de las casas corrientes, en un primer papel, se figuran los paramentos y sobre él, en otro más grueso, se representan puertas, ventanas y balcones.

También este material se utiliza en las calles. Nos sorprende aquí la existencia de varias capas que tal vez procedan de alguna restauración. Entre ellas destaca un tipo de papel impreso representando un adoquinado.

Se ha recurrido al metal cuando ha hecho falta. De esta materia son algunas verjas, adornos y estatuas y sobre todo remates de cúpulas y chapiteles.

En los espacios abiertos se han utilizado tierras y colas para representar el suelo de campos y jardines, alambres e hilos de lana para los árboles, sedas para los arbustos.

El río, de vidrio como era frecuente en los nacimientos.

Quizá lo menos adecuado vino a ser su montaje. Se realizó sobre una base de seis tarimas rectangulares de madera.



Los diez fragmentos a los que antes hemos hecho alusión quedaban en un principio tan solo sobrepuestos a la plataforma, ajustados simplemente por su propio peso.

No era esto suficiente. Las tensiones propias de una construcción de madera se tradujeron en abarquillamientos, desajustes y hundimientos.

La colocación de algunos tornillos pasantes, no fue adecuado remedio. Se recurrió a otros sencillos expedientes, como rellenar de papel los posibles vanos. Todo fue inútil.

No era éste el único inconveniente que ofrecía tal procedimiento. Desmontarlo era de una gran dificultad y la mayor parte del modelo se ofrecía inaccesible a quien quisiera limpiarlo o reparar cualquier desperfecto.

Tales inconvenientes no han sido reparados hasta la última restauración.

No obstante lo imperfecto de esta última operación es indudable que el modelo está realizado con toda la propiedad deseable y que fue justa la admiración que desde el primer momento produjo entre los entendidos.

Nos resulta difícil, si no imposible, trazar la historia del modelo desde su terminación, en 1830, hasta nuestros días.

Se manifestó, sin duda, más duradero que la realidad que representaba. Un Madrid que iba desapareciendo perduraba, sin embargo, para testimonio de futuras generaciones en este fidelísimo modelo.

Se conservaba en el Real Gabinete Topográfico y Artístico, del cual ya hemos hablado, que fundó Gil de Palacio y dirigió hasta su muerte. Fallecido éste y suprimido el Gabinete, sus fondos fueron distribuidos entre otras instituciones, y el modelo que nos ocupa pasó al Museo del Real Cuerpo de Artillería, lo cual no era sino volver a su primitivo emplazamiento.

En efecto, al fundarse el Gabinete se instaló en lo que había sido Salón de Reinos del Palacio del Real Sitio del Buen Retiro, y allí fue donde quedó depositado el modelo. Trasladado más



adelante el Gabinete al cercano Casón, hubo de tener allí su segunda morada. Pero habiendo ocupado el Salón de Reinos el Museo de Artillería, no era para el modelo sino un retorno su adscripción a este centro.

Ignoramos cuál fuera su estado durante todo el siglo XIX, ni si había sufrido mucho en los traslados, ni si había sido necesario proceder a restaurarlo.

Algo se hizo a finales de 1899. Una reparación que no pudo ser de mucha envergadura. Han aparecido recortes de periódico y papeles que nos orientan sobre la fecha de esta manipulación. Tal vez fue simplemente un relleno para reparar un hundimiento.

Cuando se organizó el Museo Municipal, en 1929, se pensó en este modelo, a pesar de que no había figurado en la Exposición del Antiguo Madrid de 1926, que, como es sabido, fue el germen del Museo.

Formalizada la oportuna cesión por el Estado, fue trasladado del Museo de Artillería al Municipal en el citado año. Consta la fecha en que se realizó esta operación, el 23 de noviembre de 1929, la persona que la efectuó, don Luciano Matas, y hasta la cantidad cobrada por su trabajo, que por ser dato curioso consignaremos, 225 pesetas.

No debía de ser muy perfecto su estado en esa fecha, y se encargó de su restauración a don Manuel Fernández Hidalgo. No sabemos en qué consistió su trabajo, solo que se le abonaron, el 10 de enero de 1930, 350 pesetas, y que don Aurelio Martínez cobró aparte 37 pesetas, el 17 de febrero siguiente. Había rehecho nada menos que seis puertas y portillos.

El modelo ha permanecido desde entonces en el Museo Municipal admirado por cuantos lo han contemplado. Aun en estos últimos tiempos, cerrado el Museo a causa de las obras de acondicionamiento en él realizadas, han sido innumerables los visitantes y constante su utilización para documentar e ilustrar trabajos de historia madrileña.



En la primavera de 1977 se ha procedido a su limpieza, restauración y nuevo montaje, sustituyendo la vieja plataforma de madera por una nueva metálica y articulada. Los trabajos han corrido a cargo de una persona de tanta sensibilidad como competencia, como el distinguido artista don Jordi Brunet, a quien debo valiosa información y observaciones interesantes sobre las técnicas empleadas en la construcción del modelo.

Su contemplación en el momento actual nos permite enfrentarnos con éste tal y como salió de manos de Gil de Palacio, en 1830. Ya que sustancialmente se ha conservado, por fortuna. La restauración permite tan solo disimular y reparar los estragos del tiempo y conferirle de nuevo la frescura de sus primeros tiempos.

El esfuerzo realizado para conseguirlo no ha sido en vano. Bien lo merece una obra que posiblemente no tiene superior en el mundo.

ENRIQUE PASTOR MATEOS







Ayuntamiento de Madrid





ARTES GRÁFICAS MUNICIPALES

Ayuntamiento de Madrid